

Algunos

Alone / Augusto d'Halmar / Enrique Espinoza / Federico Gana / Jorge González Bastías / Pedro Antonio González / Amanda Labarca / Guillermo Labarca / Mariano Latorre / Baldomero Lillo / Gabriela Mistral / Ernesto Montenegro / Manuel Rojas / Vicente Pérez Rosales

NASCIMENTO

AMANDA LABARCA

Al noble *Nils Edberg*, ya bajo la tierra de Suecia

¿DÓNDE SE PUSO TAN NEGRITA? ¿Fue al pasar por un túnel? —le decía, riéndose, su padre.

La pequeña Amanda creyó, de tanto oír esta broma, que era feísima y se dijo que no se casaría. No. Mejor era titularse de arquitecto y construir una casa grande, muy hermosa, en donde pudiera habitar con sus primas y sobrinas.

Después volvió a quererse y deseó ser médico, no un médico así no más, sino sabio y famoso, que descubriría un colorante mágico, capaz de cambiar sus ojos negros en los más bellos ojos verdes.

Y apenas se recibió de bachiller se inscribió como alumna de la Escuela de Medicina. Anduvo un rato por entre las columnas del majestuoso edificio, que más tarde devorara el fuego, y le entró un terror (de qué, por qué) indefinible. No podía emprender esos estudios, quizás si más tarde. Y resueltamente ingresó al curso de castellano del Pedagógico.

En su madurez dirigió en parte la construcción de dos

casas, pero la que idease de niña, casi semejante a su sueño, la encontró hecha en un fundo en que veraneó.

A los dieciocho años, junto con titularse de profesora de castellano, casó con don Guillermo Labarca Hubertson, cuyos apellidos adopta. Don Guillermo era un joven escritor de personalidad. Este enlace, consecuencia de sinnúmero de conversaciones, la induce a escribir y la familiariza con las preocupaciones de la época: literatura rusa, naturalismo, novelas nórdicas, expansión del socialismo, formación de la clase media chilena, culto por lo experimental, fe en el progreso, revisión de ideas básicas sobre el propio país e independencia de la mujer.

En 1906 es nombrada subdirectora de una Escuela Normal. Al año publica *Impresiones de Juventud*, libro que asombra porque no es de versos, ni siquiera un relato de amores, sino un conjunto de breves estudios acerca de la generación del 98. Por vivir en un ámbito de simpatía a lo nuevo, de curiosidad anarquista, cuando examina las teorías del amor libre, formuladas por Felipe Trigo, cometió la equivocación de no empezar con la siguiente frase: "¡Qué horror!"

Más tarde le acaeció otra desventura: un editor y sinvergüenza de Madrid, insertó dicho juicio —sin consentimiento suyo— como prólogo de cierta novela de Trigo, cuyo título tenía la virtud de convertir a los octogenarios en mancebos.

En 1911 ella y su marido van de becarios a Estados Unidos. Permanecen allí dos años y uno más en Europa. Debió impresionarla que entre los yanquis las mujeres tuvieran acceso a todas las profesiones. Dio a la imprenta *Ac-*

tividades femeninas en EE. UU. y En tierras extrañas (1914).

Su preparación, su actividad cultural y la modernidad de su visión llevaronla a dirigir un liceo de niñas. Junto con el decreto de nombramiento, se produjo la renuncia del gabinete porque el ministro conservador que había en éste, que no era de educación, no supo impedirlo y sus correligionarios le amonestaron.

Amanda Labarca no hizo profesión de anticlericalismo. Pecaba por omisión. Quizás no fuese a la iglesia. Fundó un círculo femenino sin el patronato de un santo y en sus escritos, en vez de Dios, solía escribir Providencia.

Levantar cabeza por cuenta propia siempre inquieta a la gente de la obediencia. Empero ¿qué sería de las buenas costumbres, qué de los valores, de las religiones mismas, si no hubiese innovador, si no vociferase el inconformista, si la naturaleza no hiciera hombres o mujeres para los diversos sueños y para las más variadas evidencias?

El innovador interrumpe el estilo de una época, pero luego ésta se restaura. Gran parte de lo antiguo sobrevive, enriquecido con una partícula de novedad.

Vuelve a Yanquilandia en 1918. De este viaje queda su obra *Las escuelas secundarias en los Estados Unidos*. Inicia su colaboración en *El Mercurio*. En 1921 agrega a su bibliografía *La lámpara maravillosa*, tomo de cuentos.

Tiene dotes de conferenciante y habla para diversos públicos.

Se acerca al auditorio. Sonríe y descubre su dentadura sana y juvenil. Los oyentes que esperan en actitud severísima, sonrían también y se humanizan. Están perdidos.

Amanda Labarca, titubeando, como si buscara las palabras, habla con calor, torna a vacilar, recobra la fe y conserva en tales alternativas una sinceridad que reconforta. Sus palabras conmueven la atención profunda de los que escuchan y la atmósfera vibra con algo emotivo. En ese minuto preciso es una mezcla de muchacha y de maestro.

Cuando conocí a doña Amanda Labarca, era administrador de *Selva Lirica*, revista literaria pobrísima, pero rica en ataques, que no compraban sino los iniciados.

Apenas aparecía un número situábame en la puerta del correo y lo ofrecía con pasión de penitente. Seguía a cada persona. Unos me oían durante veinte metros; otros resistían media cuadra y los tipos excepcionales perdían su moral al llegar a la esquina. Ya por fatiga, ya por desesperación, terminaban comprándomela. Los de carácter más entero mirábanme con no disimulado desprecio.

De suerte que al solicitármela, espontáneamente, esa señora amable y de ojos tan hermosos, debí creer que había venido al mundo sólo para darme esa satisfacción.

También se me acercaba un joven elegante, de tez pálida, con gran interés, y adquiriría mi revista como si se tratara de algo precioso, y una muchacha rubia, de nariz respingada, con incierto aire eslavo, que alargaba su mano, sin hablar. Al poner la revista en sus dedos tibios lo hacía sin respirar y casi no me atrevía a mirarla, temeroso de que, si era visión, se esfumara. No era visión. Mientras se alejaba no podía mirar a ningún otro ser. Sentíame prolongado por la acera y sus pasos gráciles, que la distanciaban poco a poco, recorrían mi cuerpo. Y esa ganancia inesperada

dejábame en suspenso un momento. Todos tres eran para mí seres sencillamente sublimes.

Seguí viendo a doña Amanda y la visité, de seguro, para suscribirla a otra revista, porque entonces, editarlas era mi mayor aporte al género humano. Sin embargo, el género humano, representado ya por millones y millones de criaturas, no me proporcionaba sino alrededor de doscientos suscriptores.

Me recibió en una habitación brillante, con paredes de libros cuyas encuadernaciones daban a la atmósfera una entonación policroma. Ahí estaba don Guillermo Labarca, su marido, delgado, con aspecto de puritano, muy serio, de pocas pero claras palabras. Era el autor de *Mirando al océano* y, fuera de esto, poseía el mérito, para mí, de tener cierta formación anarquista.

Doña Amanda Labarca, moderadamente alta, de rostro moreno, cabellera muy negra, ojos negros también pero llenos de risa, nariz recta y breve, labios voluntariosos, tenía voz apresurada, que difundía animación. Era y es muy erguida, sin arrogancia, de paso ágil. Al sentarse no se arrellana. Siempre su actitud es la de partir, aunque donde se encuentre esté en lo suyo.

De cerca uno advierte que con los ojos, las cejas, las sienas y la parte superior del rostro, lo inspira, lo acoge, pero de la nariz a los labios —y es en éstos donde reside su voluntad— su fisonomía condiciona la acogida, pone una distancia leve, sitúa al visitante, lo clarifica y deja flotando invisiblemente una sentencia: "No os propaséis en nada", según mi traducción, que estoy dispuesto a revisar.

Al término de una conversación amable y animada, sa-

limos los tres. Todavía no eran las nueve de la noche. En la esquina don Guillermo tomó a la derecha, seguramente para ayudar en algún trabajo del taller, porque entonces Santiago ofrecía escasos entretenimientos, y los escritores jóvenes y cuantos sentíanse dejados de la mano de Dios, se asilaban en las logias para infundir nueva virtud a los valores. Doña Amanda siguió rumbo al corazón de la ciudad. Era la animadora de los Centros de Lectura para mujeres, base del que más tarde fue Club de Señoras.

Antes de mucho, la Universidad de Chile la acepta de profesora extraordinaria de filosofía (1922). Es la primera mujer que recibe tal honor. Al siguiente año publica un texto. Más tarde aparecen sus *Nuevas orientaciones de la enseñanza*.

De repente llega para Chile un momento de prueba. Un guerrero se adueña por sorpresa del gobierno. Su bota todo lo aplasta. Profesores, diputados, curas, escritores, van al destierro, y con ellos doña Amanda Labarca, que se ve privada de su cargo y con su marido ya expatriado por la fuerza.

Caído el dictador y desvanecida la transitoria república socialista, que agotó en las librerías cuanta obra trataba de esta doctrina, y que creó el deseo de otra más hacedora y permanente, doña Amanda Labarca asume la representación del gobierno en el Consejo Universitario, hecho también único.

La caída de la dictadura fue obra de muchos, pero la acción decisiva se debió a los técnicos: ingenieros, médicos, etcétera. Primero se negaron a pagar los impuestos, en la víspera de la caída paralizaron las obras públicas; el día

de gracia los médicos habían declarado la huelga general. Antes de almuerzo no había gobierno.

Personas de ese núcleo creyeron posible formar nuevo partido. Y crearon uno con el nombre de Acción Republicana. Querían establecer contacto entre capitalistas y asalariados. El intento valía la pena, aunque rara vez cabe armonizar intereses tan opuestos. Lo que decían era razonable, pero resultaba muy académico. Doña Amanda Labarca se asoció al intento. La prédica de este partido fue tan ineficaz que sus componentes, gente honrada, lo reconocieron y su último acuerdo fue disolverse. Y cumplieron su palabra.

* * *

Reanuda su labor literaria en 1934 con el volumen titulado *A dónde va la mujer*. Un año después es designada presidenta del comité ejecutivo de la cooperación intelectual, organismo que creara en 1930 ese gran idealista que es don Francisco Walker Linares.

Cuando ingresé a esta religión aséptica, llenaba la antecámara de doña Amanda Labarca una clientela abigarrada. Casi volando descubre cual es el deseo de cada uno y consigue que una y otra persona se aleje loca de contento a los cinco o diez minutos. Sabe despedir al interlocutor produciendo un silencio cordial. No obstante, había excepciones: la de los individuos ensimismados, que exponen sin prisa difusos, profusos, confusos proyectos destinados a mejorar la humanidad. Ella perdía la atención, sin perjuicio de gratificar al iluminado con frecuentes:

—Ah, claro. Sí, sí...

Pronto agrega a sus obras la creación de las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile que, fuera de estimular a los adultos al estudio, han hecho de la capital un lugar de cita para gente americana.

En otro momento creó escuela para formar maestras de párvulos.

Antes había adquirido una propiedad agrícola en Isla de Maipo. Los afanes que ésta le impone y las observaciones que le sugiere el medio agrario, se convierten en el libro titulado *Mejoramiento de la vida campesina*.

Seguidamente publicó *Evolución de la segunda enseñanza e Historia de la enseñanza en Chile*. Esta última, obra única, bastaría para cimentar su prestigio de escritora. Leyéndola se adquiere la certidumbre de que la mueven más las ideas que el sentido plástico. Es ensayista.

Nuevos viajes a Estados Unidos, países hispanoamericanos y la jefatura, durante un año, de una sección de las Naciones Unidas, marcan un paréntesis en su varia labor.

¿Qué no ha hecho?

Escribe en periódicos ingleses y españoles, dirigió las mujeres radicales; trabaja en nuevos libros; de repente hace el libreto de una película; vigila la edición de una biblioteca pedagógica; impulsa la cooperación intelectual; recibe a cuanto personaje tiene que ver con la literatura o las aulas; le quedan horas para el deporte; camina una legua por día; mantiene correspondencia numerosa; usa el teléfono como si fuera algo de su propia invención; ayuda a las almas perplejas; favorece la libertad femenina con su buen ejemplo; la costura no le es extraña; ríe y sonríe sin

avaricia; planea obras que no comenta ni siquiera al terminirlas; maneja con soltura su agradabilísima casa; hace visitas, está en todas partes, es posible que efectúe buenos negocios; estimula a sus amigas; levanta los ánimos quebrantados; facilita lo difícil, tiene seguridad, es clara de mente y de conducta; sabe admirar, vive para fines altos y todo lo hace sin apuro, como si poseyera el secreto de triplicar las quince horas de vigilia del prójimo común.